
C A P Í T U L O 0 2

POR TI.

El tiempo redujo su velocidad. Las sílabas se estiraron en los oídos de Titus mientras el rayo tomaba forma, chispa por chispa, desde la arena oscura debajo de ellos; un engendro de brillantez que se convirtió en una criatura con garras, garras que azotaron a los guivernos cercanos. Los animales temblaron y cayeron, con las alas inertes y abiertas, rodando en el aire hasta el suelo, como dragones de papel que habían sido lanzados descuidadamente desde un balcón elevado.

Silencio, interrumpido por el ruido sordo de media docena de guivernos colapsando sobre el suelo.

Otra eternidad de silencio —que probablemente duró solo una fracción de segundo— antes de que el rugido brotara, el chillido de los guivernos mezclado con los gritos de asombro de los rebeldes.

—¿Qué *fue* eso? —preguntó Kashkari, con la mano izquierda cerca de su oído en un gesto involuntario de estupefacción.

Eso hizo que Titus saliera de su propio asombro. Utilizó un hechizo que amplificaba su voz para que lo oyeran a kilómetros de distancia.

—Contemplad. Aquí está quien blande la chispa divina, amada por los Ángeles.

Había seguidores del Anfitrión Angelical en el Sahara. No les hablaba tanto a los rebeldes, sino a los atlantes, quienes tomaban en serio su fe.

—Recuerden —replicó una voz aguda y clara, que Titus reconoció que pertenecía a la general que los había perseguido desde que él y Fairfax llegaron al desierto—: los usurpadores suelen afirmar que los Ángeles los aman.

—¿Acaso su Lord Comandante no afirma que recibe asistencia divina? —exclamó él.

La respuesta de Atlantis fue un sonido de trompeta. Los jinetes a guiverno se reagruparon. Pero en lugar de retomar el ataque, ellos y sus corceles abandonaron el domo campana por completo.

—¡La Fortuna favorece a los valientes! —gritó una rebelde.

Aquellos más cerca de ella gritaron:

—¡Y los valientes hacen su propia fortuna!

—¡La Fortuna favorece a los valientes! —exclamó ella de nuevo.

Esa vez, prácticamente todos respondieron a viva voz:

—¡Y los valientes hacen su propia fortuna!

Fue ruidoso y alegre. Los rebeldes comenzaron a reír debido a la sorpresa, el entusiasmo y la liberación de la tensión. Bromearon con sus amigos acerca de cuán asustados habían lucido e hicieron alarde de su propia valentía, solo para que se burlaran de ellos por las manos temblorosas y los hechizos mal direccionados.

Sin embargo, en medio de aquella camaradería festiva, a Titus se le helaba la sangre. Atlantis no se rendía tan fácilmente... o no dominaría el mundo mágico.

–Déjame adivinar, esto te agrada aún menos –dijo Fairfax.

Él miró a la chica a cuya fuerza y carácter le habían confiado su destino.

–Soy un libro abierto para ti.

–Si eres un libro abierto –respondió ella, con un dejo de travesura en la voz–, entonces no te pareces en nada al diario de tu madre: cientos de páginas en blanco seguidas de algunas oraciones que cambian la vida.

Él no pudo evitar sonreír un poco.

–Por cierto, nunca dejas de sorprenderme.

Ella llevó su alfombra más cerca de él y tomó la mano del muchacho.

–Admito que tú también me sorprendes. Pero la parte de mi ser que es tu protegida (ya sabes, la eterna pesimista) se pregunta si no he causado más problemas para todos.

–Está bien –intervino Kashkari–. Todos estamos aquí en busca de problemas.

Los rebeldes hicieron silencio al oír el redoble de un tambor, seguido de una voz femenina agradable que la base utilizaba para anuncios públicos.

–Se han avistado carros blindados.

Carros blindados, los cuales eran inmunes al poder del golpe de un rayo.

Titus llevó a cabo un hechizo vistalejana: cinco escuadrones, en el límite de su visión aumentada. Tenían tres minutos entonces, quizás cinco, antes de que llegaran a la cima del domo campana.

Amara, la comandante de la base rebelde, se acercó y le entregó una alfombra nueva a Kashkari, quien aún estaba de pie detrás de Fairfax, sujetándose de ella.

–Algo extraño está pasando –dijo Amara–. Recuerdo con claridad

que mientras aún estábamos dentro de la base, advirtieron la presencia de gusanos de arena. ¿Dónde están?

A Titus le llevó un momento procesar la información: la advertencia había llegado antes de que sus recuerdos reprimidos hubieran resurgido en masa, lo cual producía un efecto curioso en la distancia de los hechos precedentes inmediatos. Pero ahora que hurgaba en lo profundo de su mente, recordaba oír la misma voz femenina agradable anunciando el avistaje de carros blindados, guivernos y gusanos de arena, cuando él y Fairfax aún creían que podían huir de Atlantis.

—Ahora que lo pienso —dijo Kashkari—, cuando los guivernos entraron primeros al domo campana, había gusanos de arena detrás de ellos... rodeados de una clase extraña de carros blindados, mucho más pequeños que cualquier otro que haya visto.

Los gusanos de arena tenían una vista terrible. En la naturaleza, formaban una relación simbiótica con las arpías, quienes los guiaban en la búsqueda de comida. Quizás los carros blindados más pequeños cumplían el rol de los simbioses, y manipulaban a los gusanos para cumplir con los objetivos de Atlantis.

—¿Creen que han enviado a los gusanos y los carros blindados pequeños para interceptar a nuestros aliados? —preguntó Fairfax.

—De ser así, no estarían dándoles un buen uso a los gusanos de arena —dijo Amara—. Espero que los hayan traído porque Atlantis tiene la intención de atacar directamente la base: de cerca, los gusanos de arena son aterradores. Pero para las persecuciones son tan lentos que a duras penas son útiles.

—¿Los carros blindados que ahora vienen hacia nosotros son los mismos que viste antes? —le preguntó Fairfax a Kashkari.

—No. Son carros comunes.

Titus intercambió una mirada con Fairfax. Atlantis nunca hacía

algo sin un buen motivo. Entonces ¿cuál era la razón por la que los gusanos de arena y sus carros pequeños ya no estaban en el campo de batalla?

—¿Deberíamos...?

Fairfax se detuvo. Él también lo oyó: cientos de objetos atravesando el aire.

El rostro de la chica se iluminó.

—¡Lanzas hechizadas!

Hacia cinco o seis horas, los jinetes a guiverno se habían acercado bastante a Titus y Fairfax... y unas lanzas hechizadas antiguas los habían ahuyentado. Titus había intentado descubrir la identidad de los magos que utilizaron aquellas armas, hasta que recobró la memoria y notó que eran fuerzas del Dominio, y que las lanzas eran las que estaban guardadas en el Museo Conmemorativo de Titus, el Grande para representar batallas históricas.

Al sur del domo campana llegaron las lanzas hechizadas, siseando como una tormenta de flechas, delgadas y letales. Titus apretó con más fuerza los dedos sobre los de Fairfax y contuvo el aliento.

Una red enorme apareció y atrapó las lanzas hechizadas, como si hubieran sido un cardumen de peces, nadando directo hacia una trampa.

Amara gruñó, frustrada: era un recordatorio de que lo que parecía demasiado bueno para ser cierto, en general lo era.

—¿Habrían las lanzas terminado el asedio incluso si hubieran alcanzado el domo campana? —preguntó Fairfax, frunciendo el ceño—. Creía que los objetos inanimados no surtían efecto alguno sobre semejante hechicería.

—No bajo circunstancias normales —dijo Titus—, pero hay modos de lograrlo.

Si había magia de sangre astutamente involucrada. Y si la gota de

sangre en la punta de la lanza pertenecía a un mago ligado por sangre a alguien que estuviera dentro del domo.

—De un modo u otro, el asedio terminará —aseguró Amara—. Mo-handas ha visto el futuro, y sus visiones nunca nos han llevado por mal camino.

Cuando descubrieron que estaban atrapados dentro de un domo campana, Amara había sugerido que los rebeldes tomarían cualquier medida necesaria para mantener a Fairfax lejos de las manos de Atlantis: incluso la matarían ellos mismos de ser necesario. Y Kashkari, en lo que equivalió a un arrebato para él, le había dicho a Amara en términos claros que un sueño profético le había hecho saber que Fairfax no solo sobreviviría esta noche, sino que llegaría hasta Atlantis en una misión para aniquilar al Bane en su guarida.

Excepto que Kashkari había estado mintiendo por completo, tal como había admitido ante Titus y Fairfax cuando Amara no podía oírlos.

Kashkari, el mejor mentiroso que Titus había conocido —y eso que él también era un mentiroso de primera categoría— asintió, serio.

—Gracias, Durga Devi.

Durga Devi era el *nom de guerre* de Amara. Titus también se dirigía a ella de ese modo, pero para él no era tanto un término que indicaba respeto, sino distancia: la mujer había estado dispuesta a asesinar a Fairfax para mantenerla fuera del alcance del Bane; él siempre la trataría con mucha sospecha y desconfianza.

Fuera del domo campana, otra red apareció y atrapó cientos más: Titus había creído que todas eran lanzas hechizadas, pero ahora parecía que había varias cuerdas cazadoras junto a ellas.

¿Por qué? ¿Para que las lanzas hechizadas parecieran más numerosas? ¿O tenían otro propósito?

La expresión de Amara cambió. Introdujo la mano en el bolsillo, extrajo un cuaderno y lo abrió.

—¿Es mi hermano? —preguntó Kashkari de inmediato.

—Sabes que aquellos que van a un asalto no tienen permitido llevar cuadernos recíprocos —respondió, y volteó hacia Titus—. Son sus aliados, Su Alteza, pidiendo que la señorita Seabourne esté lista para lanzar dos docenas de rayos sobre la flota de carros blindados que se aproxima.

—¿Por qué mis aliados se contactan *contigo*?

—Pero los carros blindados son inmunes a los rayos —dijo Fairfax al mismo tiempo.

—Me piden que te diga: *certus amicus temporibus incertis* —respondió Amara. Se encogió de hombros ante la duda de Fairfax: no tenía respuesta para eso.

Certus amicus temporibus incertis —un amigo verdadero en tiempos inciertos— era una de las frases en código que Titus y Dalbert, su ayudante y maestro de espías personal, habían acordado. Un comunicado con aquella frase indicaba que provenía de alguien digno de la confianza de Dalbert.

Titus prefería confiar en la menor cantidad de personas posible. Y nunca llevar a cabo ninguna acción sin haber investigado detenidamente las consecuencias potenciales. Pero ahora no podía permitirse ninguno de los dos lujos.

—Será mejor que lo hagas —le dijo a Fairfax.

Lanzaron hechizos vistalejana incluso más poderosos. Los carros blindados, aún a varios kilómetros de distancia, avanzaban rápido en la noche, prácticamente invisibles, excepto por el brillo mate en la parte inferior, un reflejo del resplandor emitido por el fénix de guerra.

—¿Cuándo? —preguntó Fairfax.

—Ahora —respondió Amara—. Toda la flota, por favor.

Fairfax apuntó su varita hacia los carros blindados. El cielo se retorció con venas blancas azuladas; los rayos cayeron como si los dioses estuvieran ebrios.

Veinticuatro rayos en dos segundos, seguidos de un largo instante durante el cual nadie habló... o respiró. Luego, todos los carros blindados cayeron, como si fueran muchas rocas que por fin se rindieron al poder de la gravedad.

Un silencio ensordecedor: el miedo y el asombro tenían la misma capacidad de enmudecer a todos. Incluso Amara, quien debía saber que había un truco involucrado, miraba atónita el cielo sobre Fairfax.

Iolanthe era la única que parecía más confundida que maravillada.

—Pero eso no debería haber sido posible. Son a prueba de rayos.

Titus le hizo una seña para que reservara sus preguntas. Alzó la voz al volumen que utilizaba para dar discursos audibles a kilómetros a la redonda.

—¿Puede alguien continuar dudando del poder de la chispa divina? No se interpongan en el camino de la amada por los Ángeles, y no necesitarán temer su ira.

Luego, a un volumen normal, solo audible para los oídos de Fairfax, añadió:

—No podía dejar pasar un momento tan perfecto como este para hacer propaganda.

—Claro que no. Pero ¿sabes qué está ocurriendo?

—Es probable.

La llegada de otro grupo de lanzas hechizadas y cuerdas cazadoras, siseando y silbando, hizo que Atlantis saliera de su estupor. Otra red saltó mientras los jinetes a guiverno perseguían los pocos objetos que no habían atrapado.

–Te diré lo que está pasando después. Ahora necesito que crees la mayor cantidad de distracciones posibles. Mantén la vista de todos hacia arriba, si puedes. Yo haré lo mismo –apuntó su varita hacia el cielo–. *¡Meum insigne esto praesidium meum!*

Hasta el momento, el fénix de guerra había sido un faro estático. Ahora, lenta y majestuosamente, comenzó a batir sus alas inmensas y descendió hacia la flota de jinetes a guiverno que estaba fuera del domo campana. Los guivernos escupieron fuego hacia el fénix de guerra; pero las llamas, al igual que el rayo, simplemente lo atravesaron.

–Confíen en que el Amo del Dominio siempre tiene algo bajo la manga –dijo Kashkari, moviendo la cabeza de lado a lado.

Ante el alcance inexorable del fénix de guerra, los guivernos se dispersaron. Un jinete que fue demasiado lento para apartarse de su camino, gritó cuando la punta del ala izquierda del fénix rozó su hombro. El fénix de guerra no causaba daño real, pero se decía que los enemigos que entraban en contacto con él experimentaban un dolor breve, aunque intenso.

–Aquí viene mi distracción –dijo Fairfax.

Una bola de rayos, azul y espeluznante, salió disparada hacia un grupo de guivernos y los obligó a dispersarse.

–Lanza una de esas contra el fénix de guerra –dijo Titus.

Ella lo hizo. El fénix resplandeció con el doble de intensidad y emitió un llamado salvaje y molesto, pero extrañamente estimulante.

–Excelente. Continúa haciéndolo.

El fénix de guerra persistió con su progreso majestuoso, mientras media docena de esferas eléctricas chisporroteantes flotaban por doquier y mantenían a las fuerzas de Atlantis desparramadas y caóticas. Cuando un nuevo grupo de lanzas hechizadas y cuerdas cazadoras llegó, Titus envió al fénix de guerra hacia el este.

—Creo que es seguro decir que nuestros aliados tienen un poco de experiencia con Atlantis —explicó él—. Sabían que no podrían sorprender a Atlantis dos veces y que estaría listo para las lanzas hechizadas.

—¿Por eso enviaron tandas de lanzas hechizadas para ver con qué clase de defensa tendrían que lidiar? —preguntó Kashkari.

—Exacto. No me sorprendería descubrir que las tandas han llegado exactamente a noventa grados de distancia del perímetro, para clavar mejor la red al suelo con todas las cuerdas cazadoras.

Kashkari golpeó un dedo contra su mentón.

—¿Deberíamos esperar ver la llegada de lanzas y cuerdas en grupos más pequeños, de a dos o de a tres, para probar que la red está bien aferrada al suelo?

Como si hubiera sido una señal, llegaron un par de lanzas hechizadas. Los atlantes gritaron cuando notaron que su red ya no podía salir disparada para atrapar las lanzas y que se retorció en la arena, sujeta por las cuerdas cazadoras.

A duras penas atraparon las lanzas, gracias a dos guivernos particularmente ágiles. Los jinetes guiaban a los guivernos con las lanzas en sus garras lejos del domo campana. Pero el impulso de las lanzas aún era fuerte, y los dragones batían las alas como si estuvieran volando contra un ciclón.

—Diles a tus exploradores con la vista más aguda que observen el terreno —le dijo Titus a Amara—. Así es cómo yo enviaría la única lanza hechizada que importa. Y diles que hagan silencio cuando la hayan encontrado.

—Comprendido —Amara se alejó volando.

—Cuando veamos la lanza que buscamos, la que lleva el hechizo de sangre que funcionará como representante del tacto humano —le explicó a Kashkari—, haré que Fairfax proteja su progreso. ¿Puedes lograr que haya alguna distracción adicional por parte de los rebeldes?

Kashkari asintió.

–Yo me encargo.

Titus tomó la mano de Fairfax.

–Y tú, aniquila cualquier cosa que se interponga entre la lanza y el domo campana.

–Tus deseos son órdenes, señor –respondió ella con astucia.

Él le dio un beso breve.

–Bien. Responde así a todo lo que te pida.

Ella rio. Incluso en medio del caos, el sonido aún alegraba el corazón de Titus.

Amara regresó.

–Uno de nuestros exploradores vio algo acercándose desde el norreste –anunció.

De inmediato, Titus envió al fénix de guerra hacia el sudoeste del domo campana, para que la menor cantidad de luz posible cayera sobre lo que se acercaba.

Él y Fairfax se dirigieron hacia un grupo de rebeldes y salieron con la cabeza cubierta con una *kufiyya*. Detrás de ellos, Kashkari había montado un espectáculo: una docena de alfombras flotaban de lado a lado en el aire y muchos rebeldes hacían acrobacias a lo largo de aquel escenario improvisado.

–Me tienta abandonar mi tarea para observarlos –dijo Fairfax–. Y eso que es mi vida la que está en juego.

Ella y Titus ocuparon el lugar de los dos exploradores que originalmente estaban asignados al punto noroeste del domo campana; los dos ejecutaron un hechizo angular, para observar el suelo del desierto a pesar de tener la cabeza inclinada hacia arriba.

Sobre una duna, a medio kilómetro de distancia, una lanza hechizada reptaba hacia el domo campana. No estaba perdiendo el tiempo

precisamente, pero tampoco se movía a gran velocidad. A Titus no le molestaba aquel paso calmo hasta que un explorador exclamó:

—¡Más carros blindados vienen en camino!

Pero también tenían problemas más cerca de ellos: varias cuadrillas de jinetes a guiverno pasaron volando bajo, con la mirada en el suelo.

Titus maldijo. Alzó la voz.

—Mis estimados amigos de Atlantis, en especial aquellos que han conocido a su Lord Comandante en persona, ¿se han preguntado alguna vez por qué parece no envejecer? ¿Por qué, de hecho, a veces parece rejuvenecer diez años de un día para otro? Incluso en una estimación de lo más conservadora, debería ser un hombre con más de setenta años de edad. ¿Cómo es posible que no luzca mayor a cuarenta años?

Los jinetes a guiverno, olvidando su tarea, voltearon abruptamente hacia el domo campana.

—Es porque utiliza el cuerpo de un joven, uno que se parece mucho a su cuerpo original, antes de que se hubiera lanzado a las profundidades horrorosas de la magia sacrificadora. Aquel cuerpo original ni siquiera puede ser visto en público, dado que le faltan extremidades, quizás incluso también los ojos y las orejas; ese es el costo de la magia sacrificadora.

»En los largos años de su reinado, se ha ocupado de no divulgar su imagen públicamente. La razón oficial es que él nunca desea incentivar un culto a su persona. Pero convenientemente, si la mayoría del mundo mágico no sabe cómo luce, entonces no se preguntará por qué los hombres que se parecen a él continúan desapareciendo.

»Piénsenlo la próxima vez que les pidan arriesgar sus vidas por él. Piénsenlo ahora. ¿Por qué quiere a mi joven amigo, el mago elemental? Porque los magos elementales poderosos hacen los sacrificios más potentes y lo infundirán de fuerza vital. ¿Eso es lo que quieren hacer?

¿Luchar haciendo su mayor esfuerzo para que él pueda cometer actos condenados por los Ángeles?

Por desgracia, no todos los jinetes quedaron cautivados por su discurso. Uno gritó muy fuerte para alertar a sus colegas de que había una lanza hechizada en el suelo a solo cuatrocientos metros de distancia del domo campana.

En vez de atacar a aquellos que habían visto la lanza hechizada y que ahora se cernían sobre ella, Fairfax armó una defensa mucho más elegante. Utilizando su dominio del rayo, construyó un túnel móvil de electricidad a través del cual la lanza pasaba sin que la molestaran.

Doscientos metros. Cien metros. Cuarenta y cinco metros. La lanza estaba muy cerca.

Titus tenía el corazón en la garganta.

La punta de la lanza golpeó el domo; la estructura entera tembló.

Los dos exploradores más cercanos gritaron de júbilo y corrieron hacia adelante, solo para que los detuviera una barrera que aún estaba en su lugar.